

Natalio Bayo

Para su homenaje a Goya, de entre los diversos medios disponibles Natalio Bayo elige uno de los más propios: el grabado. Lo que también le lleva al estudio de una secuencia, «Los Caprichos», quizás la serie goyesca más difundida entre el gran público. Conviene advertir que el asunto, soporte para goya de constancias tan significativas a nivel de contenido profundo, implica aquí un problema menor que el de los aspectos plásticos en sí. Porque la obra de arte nos habla principalmente a través de su estructura, muy por encima de lo que pueda contarnos su argumento. Con la manera de referirlo, en fin, más que con lo que dice. Creo que Natalio Bayo lo advierte, aunque no evite deslumbrarse —de manera voluntaria— tanto por notas y hallazgos formales, como por apuntes episódicos. Se advierte la dificultad para las reinterpretaciones de las que nos ofrece un ejemplo bastante positivo, si ponderamos lo específico de nuestro lenguaje (el mismo Goya considera ya «Los Caprichos» como un idioma universal, según el término de los emblemas).

«Un fragmento de información —dice Wiener— para contribuir a la información general de la comunidad debe decir algo sustancialmente distinto del patrimonio de información ya disponible de la comunidad.» Cita luego el ejemplo de los grandes pintores históricos, cuyo mérito fue plantearse sistemas inusitados entonces. El hecho de repetirlos ahora no aumenta ningún conocimiento. Tiene sentido, en cambio, ofrecer novedades creativas en su lectura. Pero ni el pasado puede ser leído sólo con sus coordenadas —que nunca recuperaremos por completo—, ni conviene aplicarle las de hoy en exclusiva. Interesa el enfoque conceptual, desde el presente; pero ya advertía

Sol LeWitt que si llevamos nuestros convencionalismos al mundo de ayer lo interpretaremos de manera errónea. Es claro que las obras tienen una polisemia temporal. Con este quizás excesivo aparato teórico insisto en los riesgos de tanta vuelta sobre el maestro, aunque una vez más salve el oficio, la mano y la capacidad de Natalio Bayo como intérprete.

El dibujo es el cimiento de la gráfica. Y Natalio Bayo dibuja cumplidamente. También conoce la técnica del aguafuerte, las aguatintas y toda clase de recursos complementarios. Incluso añade las justas gotas de preocupación didáctica, ya que permite —como señala con acierto Gonzalo Borrás al presentarlo— acercarse a la plancha-matriz, dibujos preparatorios y versiones distintas de un «capricho» concreto. Como ejemplo véase «Lo que puede un sastre», comparable aquí por partida doble con el modelo (que se reproduce). No supone desdoro decir que Natalio no logra la misma eficacia y altura dramática; pero llega lejos e incide con exactitud en el aspecto emocional. Recordaré el trabajo de Juan Antonio Sánchez, «La imagen frente al ídolo», acerca de la religiosidad barroca bajo el prisma crítico de Goya. No me extraña que Bayo use cartelas, puesto que los originales del ilustre grabador también tenían epígrafes, al modo de los emblemas. Aunque me interesa sobre todo el parentesco de facturas, de máxima economía, más concentrada en Goya. Pero tampoco desdeñable en el discípulo. Cabe, por otra parte, un acercamiento global a lo que Bayo plantea. El título, «Según Los Caprichos», implica la voluntad de un «d'après». Por lo que lo prioritario ha de buscarse en los estilemas que Natalio recoge de Goya y hace crecer con destreza en sus originales. —A. A.

Lo que puede un sastre,
aguafuerte y aguatinta de
Natalio Bayo

